

Brian F. CONNAUGHTON y Andrés LIRA GONZÁLEZ (COORDS.): *Las fuentes eclesíásticas para la historia social de México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Instituto Dr. José María Luis Mora, 1996, ISBN: 970-620-833-X.

A finales de 1996, con unas pocas semanas de diferencia aparecieron publicados dos libros que hablaban de temas religiosos, en general, y de la Iglesia católica, en particular. Entre ellos se encuentra el que ahora se reseña coordinado por Brian Connaughton y Andrés Lira, y otro compilado por Roberto Blancarte (*El pensamiento social de los católicos mexicanos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996). Entre los dos libros llama la atención una triple coincidencia: la coautoría, el calificativo —“social”— que se privilegia en el título de ambos, y el hecho de que sean instituciones académicas y no confesionales las que los publiquen, como ya parece ser costumbre en la historiografía de la Iglesia en México.

Esta triple coincidencia servirá para iniciar la consideración del libro *Las fuentes eclesíásticas para la historia social de México*. En primer lugar, es menester tener en cuenta cómo es que la cuestión religiosa ha dejado de ser un tema tabú en la historiografía mexicanista, tal como al principio de los años ochenta lo señaló Andrés Lira al hacer la reseña del libro de Jorge Adame. En efecto, tres lustros después, los estudios sobre la Iglesia católica, sobre las iglesias o sobre la religión en general, ha rebasado el campo confesional y apologético, y también el anticlerical y contestatario, y ha empezado a adquirir carta de ciudadanía en los ambientes académicos. Por otra parte, los investigadores que se ocupan de estos temas son cada vez más: con nuevos métodos, nuevos enfoques, nuevas preguntas y nuevas fuentes, tal como lo atestigua este libro. Más de 24 académicos que intervienen en él, lo atestiguan también, no sólo por el número, sino por la diversidad de los tópicos de su interés: la parroquia (Jean Meyer, Norma Angélica Castillo y Alberto Carrillo); la catedral (Óscar Mazín y Nelly Sigaut); los diversos temas sobre las comunidades indígenas (Jan de Vos, Dolores Aramoni, Francisco González Hermosillo); las órdenes religiosas (Rosa Camelo); la familia (Pilar Gonzalbo); los juzgados diocesanos, las ordenanzas episcopales y las instituciones canónicas (Juan Pedro Viqueira, Jorge E. Traslosheros y Jaime del Arenal); el Consejo de Indias y su relación con las instituciones eclesíásticas (Elena Isabel Estrada); la arquitectura y el arte religioso (Clara Bargellini); los cultos funerarios (Óscar

Mazín); el Cabildo eclesiástico y la Real Universidad de Guadalajara (Carmen Castañeda); la participación política de los clérigos, sus ideas y su contribución —muchas veces conflictiva— a la construcción del país (Ana Carolina Ibarra, Anne Staples y Brian Connaughton); las publicaciones católicas y protestantes (Manuel Olimón y Rubén Ruiz); el conflicto entre la Iglesia y el Estado (Marta Elena Negrete).

Por otra parte, *Las fuentes eclesiásticas* hace hincapié en la historia social de México. Esto lleva a pensar, siguiendo los criterios de Jacques Le Goff, que toda historia que quiera llegar a la explicación contextual y más verosímil, debe ser social; pero también a una necesidad presente en la historiografía mexicana que parece ya no inclinarse tanto hacia esa “bestia negra” que es la historia política. En realidad, el renacimiento de los estudios sobre la Iglesia coincide con la movilización de la sociedad mexicana que desde 1968 auguró nuevos derroteros; pero también desde 1988 y 1992 cuando parecía que la sociedad quedaba excluida de la reforma entre la Iglesia y el Estado. Los autores de *Las fuentes eclesiásticas* han mostrado, en diversos grados, que éstas no dan cuenta y razón sólo de la institución católica, sino de toda la sociedad mexicana. El libro desmiente, de modo claro, la idea aún vigente de que la historia de la Iglesia y sus fuentes no son asunto de la sociedad mexicana. Tal como lo aduce Andrés Lira en la presentación del texto, este hecho es del todo explicable para quienes en el siglo XIX pretendían construir el Estado a partir de una sociedad en la que la Iglesia era omnipresente. Hubo que adjudicarle a la Iglesia la etiqueta de la “gran culpable”, para excluirla de los círculos del poder. Lo que ocurrió fue una visión parcial que hoy no puede ya sustentarse frente a las nuevas preguntas de la sociedad. Porque ni estuvo excluida *de facto* —sobre todo en algunas regiones—, ni el historiador podrá recobrar la historia de México, de modo crítico, sin atender a las fuentes de la Iglesia, y la exclusión por conflictiva y explicativa es parte fundamental en el proceso histórico. Ya Michel de Certeau advirtió sobre lo no dicho, en las historias y en las fuentes.

Es quizá por esta razón que los diversos artículos se cargan más hacia las épocas del que consideran el México católico, “cuando la Iglesia estaba al centro de la vida mexicana” (capítulo I). En este sentido no es fortuito que el libro se cierre en la década de 1930, cuando emerge un nuevo Estado secular, dominante y omnipresente, que ha pactado un *modus vivendi* con la Iglesia para supeditarla a sus normas; pero no al estilo de los anti-

guos liberales del siglo XIX —que la Iglesia mexicana no fue capaz de comprender y mucho menos de aceptar—, sino siguiendo el modelo de los Estados autoritarios en ascenso. De esta superedificación no fue objeto sólo la Iglesia católica, sino todos aquellos grupos o personas que no compartían el modelo instaurado a principios de la década de 1930. Un Estado que, por otra parte, competía con la Iglesia no porque pretendiera ser muy diferente, sino porque en muchos elementos que lo definieron era igual que ella. Esto no quiere decir que en el México de las primeras décadas de este siglo, emergiera al mismo tiempo una sociedad secular en muchos lugares de los que el texto se ocupa. Y es ésta una consideración importante de este libro. En efecto, los artículos que contiene se ocupan preferentemente de espacios geopolíticos católicos bien definidos en el curso de la historia mexicana: Puebla, Cholula, Oaxaca, Morelia, La Piedad, Guadalupe, Nochistlán, Tepic, Jalisco y la ciudad de México. No son menos importantes los artículos dedicados al vasto territorio chiapaneco, pues muestra explicaciones muy pertinentes a las preguntas del presente. Por excepción y por extensión se barcan también otras regiones de México, como Chihuahua y aquellos lugares a donde llegaba la prensa, ya fuera católica o protestante.

Por otra parte, dentro del amplio y no siempre unívoco concepto de fuente para la historia, este texto muestra, de modo diverso, aspectos importantes del quehacer histórico: algunos artículos optan por el análisis historiográfico de las obras que son tema de su interés, otros artículos ofrecen una conceptualización pertinente de la función de las fuentes, y los más dan cuenta de trabajos de archivo y de su importancia para el rescate y la construcción de una historia social. En lo que sí parecen coincidir los más de 24 autores, es en el respeto y casi veneración que sienten hacia aquellos repositorios y textos que generosamente han dado respuesta a sus preguntas. Ciertamente, éstas han partido de la riqueza humana del historiador, al modo como lo destacaba Henri Marrou; pero no dejan de mostrar que haber tenido la experiencia de la historia en un archivo, es no sólo un ejercicio intelectual, sino una obra de arte, muy cercana al sentido por el cual se trabaja. No son pocos los autores que escriben en primera persona dando cuenta de su admiración por el repositorio encontrado; y escribir en primera persona es el modo más fácil para ser profundo, tal y como aseveraba Stendhal. Bien sabemos los historiadores, de las sirenas que deambulan por los archi-

vos y por las fuentes de la historia; que en muchas ocasiones nos impiden proseguir con el trabajo de crítica, ordenación, conceptualización, explicación y síntesis.

Debo decir que el libro marca un elemento fundamental en el proceso de profesionalización del historiador de la Iglesia, creyente o no. Muestra, en este sentido, el hecho de que el conocimiento histórico de las fuentes eclesiásticas nos corresponde por el simple hecho de ser historiadores. Muchos eclesiásticos ya lo han entendido así, y han permitido que sus archivos sean consultados, ordenados, depurados y clasificados. Por otra parte, el libro muestra dos perspectivas importantes: por un lado constata que la historia de la Iglesia no sólo se encuentra en los archivos eclesiásticos; y por el otro, constata que en los archivos eclesiásticos se encuentra la historia de la sociedad mexicana y no sólo la de la institución confesional. Esto que pareciera una banalidad o una perogrullada, es importante por la consideración del uso de los repositorios, su función y su relevancia social.

La obra es de lectura difícil por tratar de un tema árido y lleno de referencias bibliográficas o archivísticas. No es así en la generalidad de sus páginas, pues si bien está dirigido al especialista, puede ayudar al principiante a adentrarse en aquellos temas de su interés. Nadie niega la utilidad de una obra de referencia por contener más de lo que uno es capaz de buscar. En cierto sentido, la introducción concisa y pertinente de Brian Connaughton, es una entrada obligada para propiciar el gusto por los diferentes temas. En el texto se mezclan autores nuevos y antiguos; así como temas conocidos y otros, no tanto. Sin embargo, no se puede negar que se tiene frente a sí una gran cantidad de problemas historiográficos que están en espera del historiador que los aborde.

El libro abre, sin duda, una serie de propuestas para que quienes lo han coordinado continúen con un tema que da para más, pues la historia de la Iglesia no pertenece sólo a la institución eclesiástica, sino a la revisión, reconstrucción y reelaboración de la historia de este país. No es sólo un nuevo tema que llega a la discusión académica, es también una serie de cuestionamientos a los que no hemos respondido, ahora que presenta una serie de fuentes que aún no se han utilizado e integrado al conocimiento del pasado. Todo eso no depende sólo de unas actividades técnicas, sino que está supeditada a nuevas actitudes teóricas hacia el pasado e implica la conciencia de un presente lleno de preguntas y cuestionamientos. Es probable que los coordinadores de

la obra hayan tenido cierta dificultad para distribuir los temas en los cinco capítulos que presentan. Esto habla no sólo de la complejidad del tema eclesiástico y de la sociedad mexicana, sino de la abundancia de cuestiones que aún están por investigarse en los archivos de las iglesias y que darán una versión más completa y contextual de la historia mexicana.

Manuel CEBALLOS RAMÍREZ
El Colegio de la Frontera Norte